

LA AURORA

Año I

San José de Costa Rica, A. C., viernes 17 de febrero de 1905

Nº 80

SUMARIO

Juan Francisco Echeverría.....	
Del trabajo.....	A. S.
Un libro adulado.....	R. T. L.
Distinción.....	Z.
Un elogio.....	R. of R.
Comentarios.....	
Campo libre.....	J. L. M.
Cables.....	

Gerente: ROBERTO BRENES MESÉN

JUAN FRANCISCO ECHEVERRÍA

ADOPTADO

Un nuevo hombre público surge á la vida política en el ramo de Hacienda Pública. El favorecido se llama Juan Francisco Echeverría y Aguilar. "El Noticiero" de ayer nos ha dado datos acerca de sus antecesores de familia que ocuparon ese mismo despacho. Don Vicente Aguilar, el hombre más rico de Costa Rica, en aquella época, y don Francisco Echeverría y Alvarado, el hombre más popular y bueno. Con tales antecesores por padrinos el señor Echeverría y Aguilar, necesariamente seguirá su ejemplo.

Felicítamos sinceramente al señor Presidente, que ha sabido llevar á puesto tan distinguido á persona de los méritos del señor Echeverría. Además de poseer una acrisolada honradez ha probado ser un buen organizador y un cumplido caballero.

Por esa razón en todos los círculos sociales y políticos su nombramiento ha sido comentado muy favorablemente.

Del trabajo

II

Las ventajas que los hombres del comercio derivan de la mayor suma de holgura que á sus empleados proporcionen, está á la vista en los establecimientos alemanes y aun muchos de los españoles de esta plaza. En ellos se trabaja diariamente una jornada justa: de las siete de la mañana á las cinco de la tarde. Entrad en ellos á cualquiera hora del día, y no encontraréis allí esas manifestaciones de cansancio y de no resignada amargura que se nota en los trabajadores de otras tiendas, en donde la esclavitud más rigurosa es la norma de una mal entendida previsión. Al punto que lle-

guéis podréis observar cómo se apresuran á ponerse á vuestras órdenes y á insinuaros, con gesto satisfecho, la compra que os conviene. Y es porque saben que se les trata con cariño, que no se les escatima hasta las horas que al sueño se dedican, pegándolos cuanto es posible al yugo del trabajo. Es porque no viven extenuados y la diaria faena, seguida de buenos ratos de descanso y del placer intelectual de la lectura, es para ellos amable ejercicio que da á sus cuerpos bienestar y fortaleza, y fresca y vigor á sus espíritus.

Ellos se interesan en el negocio como en asunto propio, porque saben que al favor de la prosperidad de sus patrones, ha de mantenerse y de mejorarse quizás la lisonjera situación en que se encuentran. La dulce fraternidad entre jefes y servidores es un hecho en esas casas á que nos referimos en conjunto, y sobre ella se levanta esa bonanza comercial que los indiferentes no se explican. La prosperidad que de esto resulta es incalculable y no puede ser jamás superada por el mezquino avance de una empresa cuyos elementos languidecen en la más penosa servidumbre, sin entusiasmo ni gratitud que los impulse á una labor resuelta y activa en provecho de los intereses á cuyo servicio las circunstancias los han puesto.

La cultura intelectual que estos trabajadores pueden obtener en sus horas desocupadas, redundará también en provecho del negocio en que sirven, ya que aplicando á la obra la mayor suma de conocimientos que sea dable, ésta tiene que resultar indefectiblemente más segura y fácil. Los hombres autómatas, embrutecidos por un trabajo incesante, llegan á hacer una tan completa renuncia de la voluntad y el pensamiento, que difícilmente harán ningunos de esos pequeños progresos individuales, espontáneos, que forman al reunirse, el auge de una empresa.

Por otra parte, visto el asunto bajo otro aspecto bien distinto de la conveniencia pecuniaria de los señores del comercio, ¿no es altamente bochornoso y denigrante para un hombre uncir al carro de su especulación inconsciente, á un grupo de voluntades y de pensamientos que interiormente lo maldicen vencidos por la necesidad?

Figuráos á un padre de familia, y no de los que forman el montón vulgar en donde el fugaz placer de unos instantes engendra hijos que son luego olvidados en la eterna corriente

de la ignorancia y del dolor. Figuráos á un padre afectuoso, consciente de sus responsabilidades en la vida, que lamenta no poder estar los ratos que él quisiera en sabrosa intimidad con sus pequeños, para vaciar sobre los tiernos moldecitos de sus almas, el caudal de los sentimientos que él venera. Imagináoslo apretando los puños con fiereza en esas crisis de desesperación que tienen los reclusos, poner á un lado la herramienta con mortal tristeza y enjugar las lágrimas con que humedece la cadena fatal de su congoja. ¿No os da rubor pensar en la codicia humana que así priva á los hombres hasta de las divinas fruiciones de sus más dulces afectos?

Cuando abandona el hogar para ir á su faena, sus hijos, quedan dormidos, bien dormidos, bajo el manto de frescura de la mañana. Cuando vuelve á la noche, fatigado y triste, tiene que contentarse con besar las frentes veladas por el sueño, de esos tiernos pedazos de su vida, antes de hundir su cabeza atormentada en el seno amoroso de su amorosa compañera. Las horas de comida ¡son tan cortas! y sólo sirven para despertar en el padre infortunado, el apetito de la sabrosa charla con sus hijos. Decidme, en esas condiciones se podrá tener fé y entusiasmo en el trabajo?

Os he pintado un cuadro que he tomado al acaso de una realidad cercana á mí que bien conozco. El me sugiere en estos momentos la idea de una campaña que con fuerza irresistible desde hace días tienta mi pluma: la jornada racional de nueve horas, y el descanso dominical.

A. S.

GRAMÁTICA HISTÓRICA Y LÓGICA DE LA Lengua Castellana

POR
ROBERTO BRENES MESÉN

De venta en las Librerías
Löhman, Blanco é Iglesias Huos.
á Cl 4 50 en rústica

Un volumen de más de 450 páginas.

El libro adulado

Y en efecto, volvimos á rodear al hombre de los ojos muertos. Le acompañaba una tarde diferente

á la de ayer, más bella, más encantadora, más dorada. Sus miradas se deslizaban suaves y luminosas sobre el paisaje como un velo sutil que fuera desarrollando un soplo tranquilo de viento. Con su cabellera de oro suelta, con la tersura de sus caricias parecía una mujer que viniera á rendir sus deliciosas complacencias á aquel hombre insensible casi. Porque desatendido de aquel halago grato de la tarde se entretenía indiferente, en hojear un libro pequeño, deteniéndose á ratos sobre una página en donde su compañera vertía toda la claridad de sus miradas.

El viento como un joven hundía sus manos y sus besos en la cabellera de la tarde.

Nosotros llegamos y nos sentamos al lado del hombre.

—Me encanta la obediencia vuestra, nos dijo, porque comprendo que no venis servilmente con el deseo de saciar vuestros ruines placeres. Os invité á oírme, como lo hicisteis ayer, de un modo tan duro y venis guiados por el pensamiento que viene en reclamo de las íntimas bellezas de la tarde.

Os ofrecí hablar de un libro adulado.

Qué extraño, adular á un libro! Es algo así como si se tomara una piedra del camino y la llenáramos de caricias, como si la dijéramos: hermosa, incomparable, originadora de encantos infinitos, y tal como si le sonriéramos, exigiéndole de esta manera la correspondencia á nuestras manifestaciones de cariño.

Y la piedra? Como si tal cosa.

Pero un libro no es una piedra. Un libro es la cristalización del alma de los hombres, una piedra lo es de la de la naturaleza y como ésta es misteriosa y oculta sus revelaciones en el fondo de lo incomprensible á donde sólo descienden los pensadores atrevidos, las piedras, los árboles; todo no dice gran cosa al común de las inteligencias. En cambio, un libro sí puede hacerlo. Del conjunto de sus páginas se puede descubrir lo que un individuo pensó y sintió. Si relacionamos el pensamiento y el sentimiento con la inteligencia y el corazón de un ser humano se alza ante nosotros el hombre, levantándose del conjunto de las páginas.

Por esta profunda dependencia, profunda y sensible, se cree que al decir algo, bien ó mal, de una obra artística se refiere necesariamente á su autor.